

en lo excluido y desde lo excluido se hace posible una superación de toda exclusión. El tercer eje se refiere a la revisión crítica a la que Benjamin somete todas las evidencias compartidas por la modernidad: la crítica ilustrada y marxista de la religión, el significado de la ciencia y de la técnica —revelando su carácter fantasmagórico—, la idea de progreso —mostrando su complicidad con la barbarie— y, finalmente, el campo de tensiones que forman la historia y la memoria. Pasado y presente son más que pura facticidad, son posibilidades frustradas y esperanzas incumplidas sin las que el futuro queda atrapado y condenado a ser repetición de lo ya dado.

Reyes Mate nos ofrece después una nueva traducción de cada una de las tesis en un castellano fluido y legible, a la que acompañan el texto alemán y la traducción francesa del propio Walter Benjamin. Tras cada tesis encontramos una breve explicitación y un comentario que desgrana el sentido y la actualidad de la misma. Éstos emergen gracias a la construcción de constelaciones de pensamientos y pensadores o de referencias históricas, sociales y políticas, tanto del presente reciente como contemporáneas de Benjamin. En ellas se dan cita los problemas filosóficos, éticos y políticos más relevantes de la tradición occidental. El autor consigue explicitar la novedad y singularidad de la aportación benjaminiana sin agotar el plexo de significaciones y actualidades que serían accesibles a otras posibles constelaciones. Lejos de toda arbitrariedad, ajustadas a la intención y el contenido de las tesis, sin embargo, las referencias aportadas por Reyes Mate no se presentan como espacio de fuerzas que agote su sentido y valor político. Estamos ante un libro abierto que invita a seguir pensando el presente desde y con Walter Benjamin.

El judío-alemán, tan completamente enraizado en la tradición de Occidente como extraterritorial a la misma, próximo y extraño, que consigue acercarnos lo aparentemente más lejano y someter a extrañamiento desvelador lo más familiar, es un viejo compañero de

viaje de Reyes Mate. Su larga ocupación con los textos benjaminianos, al mismo tiempo fascinantes y extraordinariamente enigmáticos, ha contribuido decisivamente a hacer las *Tesis sobre el concepto de historia* filosófica y políticamente elocuentes para nuestro presente. El texto está dedicado al maestro y amigo J. B. Metz, quien supo descubrirle ya en los años sesenta el valor de un autor y unos textos por entonces escasamente conocidos en España. Estamos, pues, ante uno de los mejores libros publicados en los últimos tiempos. —

— JOSÉ ANTONIO ZAMORA

POESÍA

La cifra del tiempo



Andrés Sánchez Robayna y Antoni Tàpies
Sobre una confidencia del mar griego, precedido de Correspondencias, Huerga y Fierro, Colección Signos, Madrid, 2005, 80 pp.

La tradición que hermana poesía y pintura, desde el *dictum* de Simónides de Ceos (“la pintura es poesía silenciosa, y la poesía pintura que habla”), tiene una de sus modalidades en el libro-objeto. El más reciente libro de poemas de Andrés Sánchez Robayna, realizado en colaboración con Antoni Tàpies, se inserta en esa rica tradición. Modernamente, la relación pintura-poesía en este tipo de obras no descansa en la noción de “ilustración”, que suele conllevar la de “dependencia” de una sobre otra, sino en la de “diálogo”. El pintor no aspira a representar las palabras del poeta, a recrear, con los medios que le son propios, esa realidad “modelizada” que, según Lotman, es el poema (el texto artístico en general), sino que pretende entablar un diálogo con él, en lo que puede ser considerado

un verdadero ejercicio de “traducción intersemiótica”, esto es, entre lenguajes diferentes. Lo mismo sucede en el sentido inverso, es decir, en el camino que conduce del poema a la pintura. El libro-objeto pretende crear, en definitiva, el espacio de un diálogo donde pintura y poesía celebran un enigma antiguo: la vida de la imagen.

Este libro aporta rasgos novedosos a la poesía de Sánchez Robayna. Para empezar, un sentimiento elegíaco que trasmina de manera especial la primera sección del libro, *Correspondencias*, y que —con alguna excepción— no encontramos en su obra poética anterior. La irrupción de este sentimiento es tanto una nueva dimensión del hondo sentido de la temporalidad presente en esta poesía como una consecuencia de su exaltada sensorialidad. Lo elegíaco suele brotar aquí de una mirada atenta a los signos que señalan la ausencia de los otros, a las huellas que han dejado. Tales signos se inscriben en la misma esfera de significación que las huellas de manos y dedos que aparecen en los dibujos de Tàpies: el ámbito de lo humano frente a la acción del tiempo y de la muerte. La omnipresencia de esta última parece recobrar aquí la importancia central que había tenido en *Palmas sobre la losa fría* (1989), pero ahora, en cambio, a partir del recuerdo de lo ido, del amor por lo perdido. Nos encontramos con varias escenas radicadas en cementerios, lo mismo el romano del Testaccio, donde se hallan la tumba de Keats y la del hijo de Shelley, que el de Moguer, en el homenaje a Juan Ramón Jiménez (“El niñodios anduvo...”). Otros poemas, como el dedicado a Rachel Corrie, la pacifista norteamericana aplastada por los tanques israelíes, o la matanza de inocentes del II-M, constituyen recuerdos recientes de la muerte injusta del hombre a manos del hombre.

Esta clara presencia de los otros supone, en mi opinión, un gesto de carácter ético en la obra poética de Sánchez Robayna, un gesto que nos hace pensar que el poeta está hoy más cerca de Lévinas que de Heidegger, quien, como se sabe, privilegió la ontología por